

Una sospecha le asaltó. Levantó los ojos y vió encima de él á una gran altura una piedra enorme que algun gigante invisible tenia suspendida sobre su cabeza.

Retroceder un paso, tocar con su mano izquierda el talisman, asir con la derecha su puñal y horadar el odre con una violencia y rapidez formidables, esto es lo que hizo Pecopin, como si hubiese sido el torbellino que en un segundo pasa, vuela, vuelve, brilla, trueno y centellea.

El diablo lanzó un grito horrible. Las almas libertadas escaparon por la salida que el puñal de Pecopin acababa de abrirles, dejando en el odre sus maldades, sus crímenes y sus vicios; monton asqueroso, verruga abominable que, por la atracción propia al demonio, se incrustó en él y quedó cubierta por la piel velluda del odre, pegada para siempre á sus espaldas. Desde aquel día quedó Asmodeo jorobado.

Mientras tanto, el gigante invisible habia dejado caer su piedra en el momento que Pecopin daba el paso atrás, y vino á dar en el pié del diablo y se lo aplastó. Desde entonces quedó Asmodeo cojo.

El diablo, como Dios, dispone del trueno; pero de un trueno insoportable, inferior, que sale de la tierra y arranca los árboles. Pecopin sintió que la costa del mar temblaba debajo de él y que alguna cosa terrible le envolvía; una humareda negra le cegó, un ruido espantoso le ensordeció; le pareció que habia caído y que rodaba rápidamente rozando el suelo, como si fuera una hoja muerta llevada por el viento. Se desmayó.

VII.

Amigables proposiciones de un viejo docto retirado en una cabaña de follaje.

Cuando volvió en sí oyó una voz dulce que decia: *Phi sma*, lo que en lenguaje árabe significa: "Está en el cielo". Sintió que se posaba una mano sobre su pecho, y oyó otra voz grave y lenta que respondia: *Lo, lo, machi mouth*, lo que quiere decir: "No, no, no ha muerto". Abrió los ojos y vió un viejo y una joven arrodillados cerca de él. El viejo era negro como la noche; tenia una barba blanca rizada en pequeñas trenzas, al uso de los antiguos magos, y vestia un gran sudario de seda verde sin pliegues. La joven era de color cobrizo, con grandes ojos de

porcelana y labios de coral. Tenia anillos de oro en la nariz y en las orejas. Era encantadora.

Pecopin no estaba ya en la orilla del mar. El soplo del infierno, empujándole al azar, le habia arrojado á un valle lleno de rocas y árboles de una forma extraña. Se levantó. El viejo y la joven le miraban con dulzura. Se acercó á uno de aquellos árboles; las hojas se contrajeron; las ramas se retiraron; las flores, que eran de un blanco pálido, se volvieron encarnadas, y todo el árbol pareció en cierto modo retroceder ante él. Pecopin reconoció el árbol de la vergüenza, y dedujo de ello que habia dejado la India y que estaba en el famoso pais de Pudiferan.

El viejo le hizo una seña. Pecopin le siguió, y momentos despues el viejo, la joven y Pecopin estaban los tres sentados encima de una estera en una choza hecha con hojas de palma, cuyo interior, lleno de piedras preciosas de todas clases, chispeaba como una hoguera ardiendo.

El viejo se volvió hácia Pecopin y le dijo en aleman:

—Hijo mio, yo soy el hombre que lo sabe todo, el gran lapidario etíope, el taleb de los árabes. Yo me llamo Zin-Eddin para los hombres y Evilmerodah para los génius. Soy el primer hombre que ha penetrado en este valle; tú eres el segundo. He pasado mi vida en robar á la naturaleza la ciencia de las cosas y en depositar en las cosas la ciencia del alma. Gracias á mí, gracias á mis lecciones, gracias á los rayos que se han escapado desde hace cien años de mis pupilas, en este valle las piedras viven, las plantas piensan y los animales saben. Soy yo quien ha enseñado á las bestias la medicina verdadera, que falta al hombre. Yo he enseñado al pelícano á sangrarse él mismo para curarse las mordeduras de las víboras; á la serpiente ciega á comer hinojo para recobrar la vista; al oso atacado de la catarata á visitar á las abejas para hacerse picar los ojos. Yo he facilitado á las águilas, cuya estrechez es conocida, la piedra otites que les hace poner con facilidad. Si el grajo se purga con la hoja del laurel, la tortuga con la cicuta, el ciervo con el dictamo, el lobo con la mandrágora, el jabalí con la hiedra, la tórtola con la yerba helxina; si los caballos mortificados por la sangre se abren ellos mismos una vena del muslo trasero; si la salamandresa en la época de la muda devora su piel para curarse la epilepsia; si la golondrina cura las

oftalmías de sus hijuelos con la piedra calidonia, que vá á buscar mucho más allá de los mares; si la comadreja se abastece de ruda cuando quiere combatir á la culebra, soy yo, hijo mio, quien se lo ha enseñado. Hasta aquí no he tenido más que animales por discípulos. Esperaba un hombre. Tú has venido. Sé mi hijo. Soy viejo. Te dejaré mi choza, mis pedrerías, mi valle y mi ciencia. Te casarás con mi hija, que se llama Aissab y que es bella. Yo te enseñaré á distinguir el rubí sandastre del chrysolampis, á poner la madreperla en un puchero de sal y á reavivar el brillo de los rubies demasiado apagados remojándolos con vinagre. Cada día que permanecen en el baño de vinagre les dá un año de belleza. Nosotros pasaremos dulcemente la vida en recoger diamantes y en comer raíces. Sé mi hijo.

—Gracias, venerable señor, dijo Pecopin. Acepto con satisfaccion.

Llegada la noche huyó.

VIII.

El cristiano errante.

Caminó errante largo tiempo por el mundo. Decir todos los viajes que hizo, seria contar todos los paises del universo. Andó con los piés desnudos y en sandalias; montó toda clase de animales, el asno, el caballo, el mulo, el camello, la cabra, el onagro y el elefante. Probó todas las navegaciones y todos los buques, los barcos redondos del Océano y los barcos largos del Mediterráneo, *oneraria et remigia*, galera y galeón, fragata y fregaton (1), falúa, polacra y tartana, barca, barquilla y barquichuela. Se arriesgó en las caracoas de madera de los indios de Batán y en las chalupas de cuero del Eufrates de que ha hablado Herodoto. Fué azotado por todos los vientos, lo mismo por el levante-sirocco y el sirocco-mezzogiorno, que por la tramontana y la galerna. Atravesó la Persia, el Pegu, Bramaz, Tagatai, Tansiana, Sagistan, el Hasubi. Vió el Monomotapa como Vicente el Blanco, Sofala como Pedro Ordoñez, Ormos como el señor de Fines, los salvajes como Acosta y los gigantes como Malherbe de Vitré. Perdió en el desierto cuatro dedos del pié, como Gerónimo Costilla. Se vió diez y siete veces vendido, como Mendez Pinto; fué condenado á trabajos forzados como

(1) Nombre antiguo de un barco del golfo de Venecia, de cerca de 400 toneladas.—(N. del T.)

Texeus, y le faltó poco para ser eunuco como Parisol. Sufrió el mal de los pyanes, del cual perecen los negros; el escorbuto, que espantaba á Avicena, y el mareo, al que Ciceron preferia la muerte. Trepó montañas tan altas, que llegado á la cima vomitaba sangre, flemas y bilis. Abordó la isla que se encuentra á veces cuando no se la busca, y que no se puede encontrar jamás cuando se quiere dar con ella, y comprobó que los habitantes de esta isla son buenos cristianos.

En Midelphalia, que está al Norte, advirtió que habia un castillo en un lugar donde no hay ninguno; pero los prestigios del Septentrion son tan grandes, que es preciso no admirarse de esto. Habitó muchos meses en casa del rey de Mogor, Ekebas, siendo bien visto y mimado por este príncipe y la corte, de la cual contaba más tarde todo lo que despues han referido por escrito los ingleses, los holandeses y hasta los padres jesuitas.

Se hizo docto, porque tenia los dos maestros de toda enseñanza, viaje y desgracia. Estudió las faunas y las floras de todos los climas. Observó los vientos para las emigraciones de los pájaros y las corrientes para las emigraciones de los cefalopodos. Vió pasar en las regiones submarinas el *onunastrepes sagittatus* yendo al polo Norte y el *onunastrepes giganteus* yendo al polo Sur. Vió los hombres y los mónstruos como el antiguo griego Ulises. Conoció todos los animales maravillosos, el rosmar, el rascon negro, el solendguse, los garagianes parecidos á las águilas de mar, las colas de junco de la isla de Cumore, los capercalses de Escocia, los antenales que van en bandadas, los albatros, grandes como ocas; los moraxos, más grandes que los tiburones; los peymunes de las islas Maldivas que comen hombres, el pescado manare que tiene cabeza de buey, el pájaro clakí que nace de ciertos troncos podridos, el pequeño saru que canta mejor que el papagayo, y en fin, el horanet, el animal-planta de los paises tártaros, que tiene una raiz en tierra y que brota la yerba alrededor de él. Mató cazando un tuton de rio de la especie baëpapina.

Un día, estando en la isla de Manar, que está á doscientas leguas de Goa, fué llamado por pescadores que le enseñaron siete hombres-obispos y nueve sirenas que habian cogido en sus redes. Oyó el ruido nocturno del herrero marítimo, y comió de las ciento cincuenta y tres

especies de peces que hay en el mar, y que se encontraron todos en la red de los apóstoles cuando pescaron sin orden del Señor. En Scitia atravesó con flechas un grifo, al que los pueblos asimaspes hacían la guerra por apoderarse del oro que este animal guardaba. Estos pueblos quisieron hacerle rey, pero logró escaparse. Por último, estuvo á punto de naufragar en muchas ocasiones y especialmente cerca del cabo Gardafú, que los antiguos llamaban *Fromontorium asomatorum*; y á través de tantas aventuras, tantos errores, fatigas, proezas, trabajos y miserias, el bravo y fiel caballero Pecopin no tenía más que un objeto, volver á encontrar á Alemania; una esperanza, volver á entrar en el Falkenburg; un pensamiento, volver á ver á Bauldour.

Gracias al talisman de la sultana, que llevaba siempre encima, no podía, como se recordará, ni envejecer ni morir.

Sin embargo, ocultaba tristemente los años. En la época en que logró por fin poner los piés en el Norte de la tierra de Francia habian transcurrido cinco años que no habia visto á Bauldour. Alguna vez llegada la tarde pensaba en esto, despues de haber caminado desde el alba; se sentaba en una piedra á la orilla del camino y lloraba.

Despues se reanimaba y cobraba ánimos.—Cinco años, pensaba, han transcurrido, pero voy por fin á verla. Tenia quince años, bueno; ahora tendrá veinte.—Sus vestidos estaban hechos girones, su calzado desgarrado, sus piés chorreaban sangre, pero la fuerza y la alegría habia vuelto á recobrarlas y volvía á ponerse en marcha.

Así es como llegó hasta las montañas de los Vosgos.

IX.

En donde se vé qué es lo que puede divertir á un enano en un bosque.

Una tarde, despues de haber caminado toda la jornada por las rocas, buscando un paso para bajar hácia el Rhin, llegó á la entrada de un bosque de pinos, fresnos y sauces. No vaciló en penetrar en él.

Andaba por el bosque hacia más de una hora, cuando de pronto el sendero que seguía se perdió en un claro sembrado de acebos, enebros y frambuesos salvajes. Al lado del claro habia un pantano.

Rendido de cansancio, muerto de ham-

bre y de sed, extenuado, miraba á un lado y á otro, buscando una choza, una carbonera ó la guarida de un pastor, cuando de repente una bandada de tadornos pasó cerca de él agitando sus alas y gritando.

Pecopin se estremeció reconociendo esos pájaros extraños que hacen sus nidos bajo tierra y que los aldeanos de los Vosgos llaman patos-conejos.

Separó las ramas del acebo y vió florecer y verdear por todas partes en la yerba la saxifraga, la angélica, el eléboro y la gran genciana. Al bajarse para asegurarse, hirió su mirada una almeja caída en el césped y la recogió. Era una de esas almejas de la Bologne que contienen perlas gruesas como guisantes. Levantó los ojos; un mochuelo se cernía por encima de su cabeza.

Pecopin comenzó á inquietarse. Hay que convenir en que tenia motivos para ello. Esos acebos y esos frambuesos, esos tadornos y esas yerbas mágicas, esa almeja, ese mochuelo, todo ello era poco tranquilizador. Estaba, pues, muy alarmado, y se preguntaba con angustia dónde se hallaba, cuando llegó hasta él un canto lejano. Prestó atención. Era una voz ronca, cascada, triste, enfadosa, sorda y chillona á la vez, que cantaba lo que sigue:

En la sombra que lo abriga
mi pequeño lago engendra
á Anfítrite y á Neptuno,
emperador él y ella reina.
Mi humilde estanque los nutre,
y éste recibe su fuerza
de montes desconocidos
que sus corrientes le llevan.

Abuelo de gigantes,
soy el enano.
Mi gota de agua crea
dos oceanos.

Yo vierto desde mis rocas,
que no rozó ala ligera,
un río verde para él
y un río azul para ella.
Yo esparzo desde mi gruta,
donde jamás fuego entra,
para el rey el verde río
y el azul para la reina.

Abuelo de gigantes,
soy el enano.
Mi gota de agua crea
dos oceanos.

Una preciosa esmeralda
hay en mi menuda arena
y un puro zafiro ocúltase
en mi aderezo de perlas.
Mi esmeralda, al disolverse,
al Rhin le dá su existencia,
y mi zafiro, al fundirse,
al Ródano se la presta.

Abuelo de gigantes,
soy el enano.
Mi gota de agua crea
dos oceanos.

Pecopin no podia ya dudar. Pobre viajero fatigado, estaba en el fatal *bosque de los Pasos perdidos*. Ese bosque es una gran selva llena de laberintos, de enigmas y dédalos, en la cual se pasea el enano Boulon. El enano Boulon habita un lago en los Vosgos, en la cuna de una montaña, y porque desde ella envía un arroyo al Ródano y otro arroyo al Rhin, ese enano fanfarron se llama el padre del Mediterráneo y del Océano. Su placer es vagar por el bosque y extraviar á los transeuntes. El viajero que entra una vez en el bosque de los Pasos perdidos no vuelve á salir jamás.

Esta voz, esta cancion, eran la cancion y la voz del perverso enano Boulon.

Pecopin, considerándose perdido, se arrojó al suelo con la cara hácia la tierra.

—Ay de mí! exclamó, todo ha concluido; ya no volveré á ver más á Bauldour.

—Sí á fé, dijo alguno cerca de él.

X.

Equis canibusque.

Pecopin se levantó; un señor viejo, vestido con un traje de caza magnífico, estaba de pié á algunos pasos delante de él. Este hidalgo estaba completamente equipado. Un machete con puño de oro cincelado le golpeaba la cadera, y de su cinturón colgaba una bocina incrustada de estaño y formada del cuerno de un búfalo. Había algo de extraño, de vago y de luminoso en aquel rostro pálido que sonreía, iluminado por la última luz del crepúsculo. Este viejo cazador así apareció bruscamente en semejante lugar y á semejante hora, ciertamente hubiese parecido á cualquiera tan singular como á mí; pero en el bosque de los Pasos perdidos no se piensa más que en Boulon; y como ese viejo no era un enano, esto bastó para tranquilizar á Pecopin.

Por otra parte, ese buen hombre tenia el aspecto gracioso, cortés y agradable. Y luego, aunque disfrazado ridículamente de cazador, era tan viejo, tan gastado, tan encorvado, tan quebrantado, tenia las manos tan arrugadas y tan débiles, las cejas tan blancas y las piernas tan secas, que inspiraba más piedad que miedo.

Su sonrisa, mejor examinada, era la sonrisa vulgar y superficial de un rey imbécil.

—Qué quereis de mí? preguntó Pecopin.

—Restituírte á Bauldour, dijo el viejo cazador siempre sonriendo.

—Cuándo?

—Pasa tan solo una noche de caza conmigo.

—Qué noche?

—La que comienza.

—Y volveré á ver á Bauldour?

—Cuando termine nuestra noche de caza, al salir el sol te dejaré á la puerta del Falkenburg.

—Cazar de noche?

—Por qué no?

—Es muy extraño.

—Bah!

—Es tan fatigoso!

—No.

—Pero sois muy viejo.

—No te inquietes por mí.

—Pero estoy cansado, he caminado todo el día y estoy muerto de hambre y de sed, dijo Pecopin. Yo no podria ni aun montar á caballo.

El viejo desató de su cintura una calabaza con embutidos de plata, que le presentó.

—Bebe aquí.

Pecopin llevó ávidamente la calabaza á sus labios. Apenas tragó algunos sorbos se sintió reanimado. Estaba jóven, fuerte, despierto, animoso, habia dormido, habia comido, habia bebido. Por momentos hasta le parecia que habia bebido demasiado.

—Vamos, dijo, marchemos, corramos, cacemos toda la noche, lo deseo; ¿pero volveré á ver á Bauldour?

—En cuanto pase esta noche, al salir el sol.

—¿Y quién garantiza vuestra promesa?

—Mi presencia. El socorro que te acabo de dar. Yo habria podido dejarte morir aquí de hambre, de cansancio y de miseria, abandonarte al enano que se pasea por el lago Boulon; pero he tenido compasion de tí.

—Os sigo, dijo Pecopin. Está dicho: al salir el sol en Falkenburg.

—Hola! vosotros! llegad! á la caza! gritó el viejo esforzando su voz decrepita.

Al arrojar ese grito hácia el soto, se volvió y Pecopin vió que era jorobado. Despues dió algunos pasos y Pecopin vió que era cojo.

Al llamamiento del viejo, un tropel de caballeros, vestidos como principes y montados como reyes, salió de la espesura del bosque.

Fueron á colocarse guardando el más profundo silencio alrededor del viejo, que parecía su señor. Todos estaban armados de cuchillos ó venablos; él solo tenía una bocina. La noche se había echado encima; pero alrededor de los hidalgos estaban en pié doscientos criados, que llevaban doscientos hachones.

—¿Ebbene, dijo el señor, ubi sunt los perros?

Esta mezcla de italiano, latin y español desagradó á Pecopin.

El viejo replicó con impaciencia:

—Los perros! los perros!

Aun no había concluido cuando espantosos ladridos llenaron el claro en que se encontraban; una jauría acababa de aparecer en él.

Una jauría admirable, una verdadera jauría de emperador. Criados que llevaban chaquetas amarillas y medias encarnadas, mozos de perrera, de fisonomía feroz y negros, completamente desnudos, sujetaban robustamente la trailla.

Jamás se reunió concilio más completo de perros. Había allí todos los perros posibles, emparejados y divididos por racimos y raquetas, segun las razas y los instintos. El primer grupo se componía de cien dogos de Inglaterra y cien lebreles, con doce pares de perros-tigres y doce pares de sabuesos. El segundo grupo estaba completamente formado de greffiers de Berbería, blancos y moteados de rojo, perros bravos á los cuales no asusta el ruido, permanecen tres años completamente mansos, los destinan á seguir al ganado y sirven para la caza mayor. El tercer grupo lo constituía una legión de perros de Noruega; perros leonados, de pelo de color subido tirando á rojo, con una mancha blanca en la frente ó en el cuello, que tienen buen olfato y son impetuosos y les place la caza, del ciervo sobre todo; perros grises, leopardados por el lomo, que tienen las piernas del mismo pelo que las patas de una liebre, ó acaneladas de rojo y de negro. La elección no podía ser más excelente. No había ni uno solo que fuese cruzado entre todos estos perros. Pecopin, que era competente en la materia, no vió entre los leonados uno solo que fuese amarillo ó estuviese moteado de gris, ni entre los grises uno solo que fuese plateado ó tuviese las patas leonadas. Todos eran auténticos y buenos. El cuarto grupo era formidable; era una reunión tumultuosa, espesa, apretada y profunda, de esos poderosos dogos negros de la abadía de Saint-Aubert-en-Ardenne, que tie-

nen las piernas cortas y no corren, pero que engendran los terribles perros de montería y cazan furiosamente los jabalíes, las zorras y los animales hediondos. Como los de Noruega, todos eran de buena raza y verdaderos perros de noble estirpe. Tenían la cabeza mediana, más pronto larga que aplastada; la boca negra y no roja, las orejas desmesuradas, los riñones encorvados, el lomo musculoso, las piernas anchas, el muslo recogido, la corva derecha bien armada, la cola gruesa cerca de los riñones y lo restante delgada, el pelo de debajo del vientre áspero, las uñas fuertes y el pié seco, en forma de pié de zorra. El quinto grupo era oriental. Había debido costar sumas inmensas, porque en él no había más que perros de Cintiquí, que atacan á los leones y perros del Monomotapa, que forman parte de la guardia del emperador de las Indias. Por lo demás, todos, ingleses, berberiscos, noruegos, ardeneses é indostanos, aullaban abominablemente. Un parlamento de hombres no lo hubiese hecho mejor.

Pecopin estaba deslumbrado con esta jauría. Todos sus apetitos de cazador se despertaron.

Le chocó, sin embargo, y no pudo menos de pensarlo allá en sus adentros, que aquella jauría, venida de no se sabe dónde, era singular que ladrase de aquella manera, cuando no se la había oído antes de verla.

El mayordomo que dirigía la montería estaba á algunos pasos de Pecopin volviéndole la espalda. Pecopin se dirigió á él para preguntarle y le puso la mano en el hombro; el mayordomo se volvió. Estaba enmascarado.

Pecopin enmudeció, y hasta comenzó á preguntarse muy formalmente si en efecto tomaría parte en la caza, cuando se le acercó el viejo.

—Vaya, qué dices de nuestros perros?

—Digo, señor mio, que para seguir á tan terribles perros serán precisos terribles caballos.

El viejo, sin contestar, llevó á su boca un silbato de plata que tenía fijo en el dedo meñique de su mano izquierda, precaución de hombre de gusto que está expuesto á presenciar tragedias, y silbó.

Al silbido se oyó un ruido entre los árboles, los concurrentes se colocaron en fila, y cuatro palafreneros con librea encarnada aparecieron llevando dos magníficos caballos. El uno era un hermoso corcel de España, de paso magistral, casco liso, negruzco, alto, redondeado,

XI.

A lo que uno se expone montando un caballo que no conoce.

Al ruido de esta bocina, el bosque se iluminó en sus profundidades con mil luces extraordinarias; sombras pasaron por las selvas y voces lejanas gritaron: "A la caza!". La jauría ladró, los caballos relincharon y los árboles se estremecieron como combatidos por un vendaval.

En aquel momento una campana cascada, que parecía sonar vagamente en las tinieblas, dió las doce de la noche.

Al dar la duodécima campanada, el viejo caballero tocó por segunda vez su bocina de marfil; los criados desataron la jauría; los perros, sueltos, partieron como piedra que lanza la honda; los gritos y los aullidos fueron en aumento, y todos los cazadores, y todos los picadores, y el viejo y Pecopin, se lanzaron á galope.

Galope rudo, violento, rápido, chispeante, vertiginoso, sobrenatural, que se apoderó de Pecopin, que le arrastró, que le llevó, que hacía resonar en su cerebro todas las pisadas del caballo, como si su cráneo hubiese sido el pavimento del camino; que le deslumbró como un relámpago, le embriagó como una orgía, le exasperó como una batalla; galope que por momentos se convertía en torbellino; torbellino que á veces se convertía en huracán.

El bosque era inmenso, los cazadores innumerables, los claros de las florestas se sucedían unos á otros, el viento gemía, las malezas silbaban, los perros ladraban, la colosal silueta negra de un enorme ciervo de diez y seis mogotes aparecía por instantes á través de los ramajes y huía en las penumbras y en las claridades; el caballo de Pecopin solaba de una manera terrible, los árboles se inclinaban para ver pasar esta caza y se echaban hácia atrás despues de haberla visto; sonatas espantosas de clarines sonaban á intervalos, despues se callaban de repente y se oía á lo lejos la bocina del viejo cazador.

Pecopin no sabía dónde estaba. Galopando junto á una ruina sombreada de pinos, entre los cuales se precipitaba una cascada desde lo alto de un gran muro de pórfido, creyó volver á hallar el castillo de Nideck. Despues vió correr rápidamente á su izquierda montañas que le

muy cóncavo, de ranillas cortas, angulosas y en forma de media luna, de brazos secos y nerviosos, de rodillas descarnadas y bien empalmadas. Tenía la pierna de un hermoso ciervo, el pecho ancho y espacioso y el lomo grueso, doble y tembloroso. El otro era un caballo de silla, tártaro, de grupa enorme, de cuerpo largo y de crines bayas. Su cuello, medianamente arqueado, pero no abovedado con exceso, estaba revestido de una profusa melena flotante y crespa; su cola, muy espesa, colgaba hasta arrastrar por tierra. Tenía la piel de la frente unida á sus ojos grandes y chispeantes, la boca grande, las orejas inquietas, las narices abiertas, la estrella en la frente, dos manchas blancas en las piernas, su brio en flor y siete años de edad. El primero iba adornado con la testera en la cabeza, el pretal de armas y la silla de guerra. El segundo estaba con menos bravura, pero más espléndidamente enjaezado: llevaba el bocado de plata, las rosas doradas, la brida bordada de oro, la silla real, la mantilla de brocado, las borlas sueltas y el penacho oscilante. El uno pateaba el suelo, echaba espumarajos, mugía, tascaba el freno, rompía los guijarros y ansiaba la guerra. El otro miraba aquí y allá, buscaba los aplausos, relinchaba alegremente, tocaba la tierra con el canto de la pezuña, representaba el papel de rey y piafaba á más y mejor. Los dos eran negros como el ébano.

Pecopin, con los ojos casi extraviados por la admiración, contemplaba aquellos dos maravillosos animales.

—Vaya, dijo el caballero cojeando y tosiendo y sonriendo siempre, ¿cuál escoges?

Pecopin no vaciló y de un salto se colocó sobre el corcel.

—Estás bien en la silla? le preguntó el viejo.

—Sí, dijo Pecopin.

Entonces el viejo soltó una carcajada, arrancó con una mano el arnés, el penacho, la silla y el caparazon del caballo tártaro, le asió con la otra de la crin, saltó como un tigre, montó en pelo el soberbio animal, que temblaba de los piés á la cabeza, y despues, empuñando la bocina que colgaba de su cintura, se puso á tocar un aire de caza tan terrible, que Pecopin, ensordecido, creyó que aquel espantoso viejo tenía el trueno en el pecho.